

El Nacionalismo en los escritores modernistas hispanoamericanos

Rocío OVIEDO. Universidad Complutense

La importancia otorgada a la nación hoy día se justifica, en cierta medida, por una paradoja, como indicaba Josefina Ludmer¹, al tener lugar, precisamente, en una etapa marcada por el universalismo y la facilidad de las comunicaciones que eliminan, en cierta medida, el concepto de frontera. Podríamos considerar la historia de la nación como una historia de duración breve. La idea de nación suplanta en el XIX la idea de rey como aglutinante de una colectividad, de una comunidad de cultura. La nación, en cierta medida, adopta los significantes comunitarios de los que el rey era una representación. Esta suplantación viene ofrecida cuando, precisamente, a través de la revolución francesa, el antiguo reino queda sin una cabeza representativa.

La independencia de las colonias españolas, en cierto modo viene a ser así mismo una defenestración, por lo que el tema de la nación en Hispanoamérica durante el XIX adquiere el mismo vigor especulativo y fundacional que adquiere en Europa con las sucesivas invasiones que se producen en Centroeuropa. En Hispanoamérica, a su vez, surgirán teorías en torno a la nación que tratarán de justificar la cuestión de límites. El siglo es pródigo en problemas de frontera, como último proceso de la demarcación que se venía efectuando desde principios del XVI. Pero si las fronteras territoriales son causa habitual de conflictos, la frontera fundamental que se trata de establecer se sustenta en la raíz misma de la independencia: la frontera cultural. Schneider nos ofrece una serie de datos que avalan la importancia que este tema adquiere en México "Cuéllar hacia 1867 proyectaba una asociación nacionalista que se denominaría Liceo Mexicano y en cuyo discurso de inauguración afirmaba, poniendo de ejemplo la rápida civilización de Estados Unidos como fruto de esfuerzo colectivo: "Debemos asociarnos, fraternizar y trabajar con fruto en una empresa noble y grande: la creación de la literatura nacional". Esfuerzo

¹ *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Coloquio de Yale, 8-9 abril, 1994. Josefina Ludmer Comp. Rosario (Argentina). Beatriz Viterbo editora, 1994.

² Schneider, Luis Mario: *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*. México, F.C.E., 1975, p. 79. Añade más adelante que de "la idea de independencia cultural de una España reaccionaria, cuya literatura podía ofrecer muy poco a la actual mexicana, se derivó el problema del idioma español", p. 97.

mancomunado a favor de la literatura nacional del que Altamirano se hará eco creando en 1869 la revista *El Renacimiento*. Los escritores tratan de realizar una literatura alejada lo más posible de la española y la Real Academia Española, consciente a finales del siglo del peligro que para la lengua supone la aparición y la proyección de una frontera cultural, auspicia –aunque con ciertas reticencias– los esfuerzos orientados a una mancomunidad lingüística, como es el nombramiento de correspondientes a ambos lados del Atlántico y la invitación a participar en las sesiones de la Academia.

Coetáneo a la importancia otorgada al nacionalismo se encuentra la aparición de una burguesía y su acceso a los puestos del poder bien a través de la escritura o bien por sus investigaciones. Y, por supuesto, las teorías procedentes del racionalismo (XVII) que derivan en el pensamiento ilustrado y que, tras el breve paréntesis marcado por el romanticismo reaparecen a mediados de siglo con las teorías positivistas.

En cuanto a Europa, la conflictiva situación de fronteras se asemeja a su vez a la americana. La famosa división de centroeuropa producida tras el Pacto de Viena –1815– no se realiza de acuerdo con la etnia o la religión o la cultura, sino de acuerdo con las casas reales, los Romanov, los Habsburgo y los otomanos. Situación que desemboca entre otros hechos en la invasión de Alemania a Francia en 1871 y que recoge Renan en su artículo *Calibán*, iniciando una extensa polémica entre latinos y anglosajones. A lo largo del siglo, por tanto, desde la consideración de la nación como estado o como gobierno de la realeza, se evoluciona a su percepción como comunidad de cultura.

De este modo, si durante el XVII y el XVIII se reafirma el concepto de estado, cuya mejor representación aparece en el gran Leviathán de Hobbes, durante el XIX evoluciona hacia el concepto de Nación, es decir, se comienza a revalorizar los contenidos no relativos a la política y al gobierno, pero sí a la comunidad y a la cultura. En este sentido el concepto de Nación se inserta en los contenidos románticos, y de este modo, apoyada por el sentimentalismo propio de la etapa romántica, el concepto de Nación se sustituye por el de patria³.

En Hispanoamérica todo el siglo XIX será pródigo en polémicas que tienen como punto de mira la nación, y en cierto modo se anticipan a la visión de la psicología de los pueblos cuyo tono darwinista, es decir, como estudio evolutivo de la especie, adoptan Bourget y Le Bon.

³ Schneider señala que la "historia patria era un tema predilecto y esencial entre los románticos. México contaba con fechas y acontecimientos extraordinarios para inspirarse y realizar el escritor su producción literaria", *op. cit.*, p.95.

Uno de los primeros en estudiar los pueblos en relación con el medio desde la perspectiva romántica será Herder, autor que a su vez manifestará una enorme influencia en románticos como Sarmiento, de quien Ana María Barrenechea señala, además, su conexión con "la escuela de historiadores franceses"⁴. Por otra parte, en el caso de Hispanoamérica el tema de la nación se adhiere con fuerza inusitada a la idea de la raza, unida a la de la tierra que habitan esos hombres.

No en vano desde los primeros tiempos la polémica del Descubrimiento presenta como eje central la polémica en torno a la legitimidad de la conquista y la apreciación del otro: el indio considerado o no como ser humano y la tierra, también otra por su exceso, percibida como una degradación. Sin embargo, también desde un principio, el continente puede ser apreciado como paraíso, es el caso de la utopía colombina. La polémica a favor o en contra de paraíso o infierno, cobra fuerza, como he indicado, por la filosofía de la época que desde la ilustración trata de analizar al hombre. El romanticismo propicia el análisis del hombre en su estado natural—originado en Rousseau— y finalizará en las teorías evolucionistas del darwinismo. Por su parte, el positivismo de mediados de siglo desembocará finalmente en el determinismo, origen singular de la novela naturalista, y teoría extrema del positivismo evolucionista.

Si tenemos que considerar cuál de las dos corrientes: paraíso o infierno tienen mayor eco en cuanto al continente americano, habría que considerar que lo general a lo largo del XIX será la opinión negativa del extranjero que ve la tierra excesiva y degenerada. Opiniones que van desde las teorías dieciochistas de De Paw y el abate Raynal, hasta las teorías expuestas por Hegel (Filosofía de la Historia), donde señalaba que la salvación de América se encontraba en el contingente de los hombres europeos que ahora poblaban sus tierras. Sin embargo, el futuro, añadirá Hegel, se encuentra en América pues a su vez las posibilidades de la tierra son mayores.

En cierta medida la famosa polémica entre civilización y barbarie que había expuesto Sarmiento, parece seguir las opiniones de Hegel al aceptar la dicotomía entre el Viejo y el Nuevo Mundo, o entre la civilización europea y la barbarie americana.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias que connotan de manera negativa a la nación americana, la pasión por la tierra tal vez como herencia del XIX, reaparece en autores incluso tan aparentemente esteticistas como Casal que enfrenta así mismo lo latino y lo anglosajón en su poema "Cuba":

⁴ Ana María Barrenechea. "Las ideas de Sarmiento antes de la publicación de 'Facundo', p. 29 en *Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*. Caracas. Monteávila.1978.

*"Alrededor de una perla
que un mundo guarda en su seno,
como divino presente
de las manos del Eterno
hay dos aves de rapiña
contemplando sus destellos:
una de plumaje áureo,
otra de plumaje negro"*⁵

No deja de sorprender que el mismo tono utópico que surge en el *Diario de Colón*⁶ reaparezca en Martí en su *Diario*, escrito a raíz de su regreso a Cuba, antes de morir. La descripción del negro Luis González linda con la utopía, y confirma su visión de la tierra como paraíso:

*"Bello, el abrazo de Luis, con sus ojos sonrientes, como su dentadura,, su barba cana al rape, y su rostro, espacioso, sereno y de limpio color negro. Él es padre de todo el contorno, viste buena rusia, su casa libre es la más cercana al monte. De la paz del alma viene la total hermosura a su cuerpo ágil y majestuoso. De su tasajo de vaca y sus plátanos comimos mientras él fue al pueblo, y a la noche volvió por el monte sin luz, cargado de vianda nueva, con la hamaca al costado, y de la mano el catauro de miel lleno de hijos"*⁷.

La tierra es también la tierra de la utopía o diríamos la tierra prometida a la que vuelve, con sentido de Hijo Pródigo, de Ismael perdido en el desierto de las ciudades para reencontrarse con la naturaleza. Una naturaleza descrita desde el concepto modernista, puesto que se define por su estética, pero también desde el romanticismo, ya que el autor deja todo puesto de observación que linde con la realidad o con la objetividad y transforma la visión de su tierra en una percepción sentimental, aspecto que le hace coincidir con los románticos:

"De suave reverencia se hincha el pecho y cariño poderoso, ante el vasto paisaje del río amado. Lo cruzamos, por cerca de una ceiba y (...) entramos al bosque claro, de sol dulce, de arbolado ligero, de hoja acuosa. Como por sobre alfombra van los caballos, de lo mucho del césped. Arriba el curujeyal da al cielo azul, o la palma nueva,

⁵ Julián del Casal: *Prosa completa*. La Habana. Ed. Letras Cubanas. 1979. p. 416. en artículo de Enrique Hernández Miyares: "Julián del Casal. Patriota".

⁶ "todos de buena estatura, gente muy hermosa. Los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo (...) y los ojos muy hermosos y no pequeños (...) Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla" *Diario de Colón*. Madrid. Alianza ed. 1987.

⁷ Martí: "Diarios. De Montechristia a Cabo Haitiano", en *Ensayos y crónicas*. Ed. de José Olivio Jiménez. Barcelona. Anaya Muchnick. 1995, p. 270.

o el dagame que da la flor más fina, amada de la abeja, o la guásima, o la jatía. Todo es festón y hojeo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujeyes; el caguairán, 'el palo más fuerte de Cuba', el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua, de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, 'vuelve raso el tabaco', la caoba, de corteza brusca, la quiebracha, de tronco estriado, y abierto en ramos recios'...⁸

Las teorías del positivismo darwinista llegan con cierta celeridad a Hispanoamérica y Martí, como escritor de transición, sin dejar de manifestar el pensamiento utópico, como hemos señalado, también se hace eco de las nuevas teorías positivistas, en varios artículos, especialmente en los dedicados a Norteamérica⁹. Es también uno de los primeros en defender la cultura hispana y hacer un llamamiento a favor de su diferencia, así como uno de los primeros en advertir el peligro que supone para Cuba su vecino del Norte: "Es cierto que conviene, y aun urge, poner delante de nuestra América la verdad toda americana, de lo sajón como de lo latino, a fin de que la fe excesiva en la virtud ajena no nos debilite, en nuestra época de fundación, con la desconfianza inmotivada y funesta de lo propio"¹⁰. Llamamiento que singularmente concuerda con la idea que más tarde expondrán los regeneracionistas españoles, tal vez por su coincidencia con el espiritualismo.

Pasemos, por tanto, a analizar brevemente el concepto de nación. Para Ernest Gellner, uno de los teóricos actuales del nacionalismo, la idea de nación se "enraiza en la modernidad"¹¹ y surge como "necesidad de proteger la cultura nacional, dotándola de su propio Estado-protector"¹², es decir se basa en la relación política-cultura. Y precisamente, la obligatoriedad del termino "cultura" en el concepto de nación es lo que justifica y hace comprensible la inclusión de este tema en los escritores aparentemente ajenos al mismo, como son los modernistas, preocupados en principio y de modo casi exclusivo del "arte por el arte". Por otra parte, la idea de nación, explica Gellner, tiene lugar en la modernidad, por ser la época en la que la ciudad cobra auge, gracias al desarrollo industrial, por lo tanto, a la idea de nación cabe añadir la necesidad de crecimiento económico. Este crecimiento económico lleva al igualitarismo o a la tendencia a la igualdad como indicara Tocqueville¹³, frente a la estratificación propia de las sociedades agrarias. Estos hechos se

⁸ *Ibid.* p. 270-271.

⁹ "La verdad sobre Estados Unidos", "El terremoto de Charleston", "un drama terrible", etc. en José Martí: *Ensayos y crónicas*. Edición de J. O. Jiménez. Barcelona- Anaya Muchnick-1995.

¹⁰ p. 136, "Mi raza", *ibid.*

¹¹ Ernest Gellner: *Nacionalismo*. Barcelona, ed. Destino .1998, (1ª edición 1995), p. 34.

¹² *Ibid.* p. 26.

¹³ Tocqueville añade que esta tendencia a la igualdad es la tendencia dominante de la historia europea desde la Edad Media.

pueden percibir con toda claridad en los escritores modernistas. Primero, hasta llegar a la etapa del posmodernismo, la poesía y la narrativa modernista es esencialmente urbana, como indicó Ángel Rama (*La ciudad letrada*). Segundo, las dos grandes urbes que propician el Modernismo y sus posteriores ramificaciones culturales como la Sociedad de Conferencias o los Ateneos –Sobre todo Buenos Aires, pero también México– han experimentado un desarrollo económico decisivo. Y tercero, casi todos los escritores proceden de una clase media alfabetizada y llegan a la esfera de la popularidad y al reconocimiento de su valor por méritos propios¹⁴.

El primer rasgo que aparece en torno al nacionalismo en los escritores modernistas tiene como base la conciencia de la *diferencia*. Herder en su *Filosofía de la lógica de la naturaleza* señalaba que la humanidad se compone de naciones-culturas cuyo valor reside en su especificidad, es decir, el valor de los seres humanos “no se encuentra en aquello que todos ellos tienen en común, sino en aquello que distinguía a diversas comunidades(...) esta diversidad y especificidad cultural era lo que en realidad importaba”¹⁵. En cierto modo esta preferencia por lo diferente entronca claramente con el romanticismo y su deseo de individualidad, y, en concreto, para Hispanoamérica, resulta singularmente atractivo puesto que la Independencia lleva como marca inherente esa misma consciencia de su diferenciación respecto al país dominante. De hecho, resulta casi innecesario recordar que uno de los grandes temas del XIX será el establecimiento de una diferencia cultural que se inicia con el lenguaje y la famosa polémica entre Bello y Sarmiento. Por otra parte, como he indicado más arriba es en la diferencia donde se establece el reconocimiento de un pueblo como nación. De este modo el logro del Modernismo, es decir, la creación de una literatura y una cultura propias y diferenciadas ya claramente de la Metrópoli enlaza a su vez con el nacionalismo, pues como señala Gellner no son las naciones las que buscan su afirmación en sus culturas “sino que las culturas tienen y ‘crean’ a las naciones”¹⁶.

Desde esta perspectiva de la voluntad por parte de un pueblo de aceptar o rechazar una cultura, el desastre del 98¹⁷ supone un cambio decisivo: desde el rechazo de lo español, y en definitiva, desde la negación de las raíces, se gira hacia la afirmación de lo hispano y su necesaria evolución (lo que enlaza el “ariélismo” con el krauso-positivismo). Afirmación que se sustenta en el enfrentamiento con lo

¹⁴ Gellner indica como una de las características de la época moderna la meritocracia: “una estructura ocupacional moderna tiene que ser, al menos en cierta medida, meritocrática, cubrir ciertos puestos según los méritos y cualificaciones de los candidatos disponibles” *op. cit.*, p.57.

¹⁵ *op. cit.* p. 125.

¹⁶ *ibid.* p. 126.

¹⁷ “entristece a Darío el ocaso de España y le aflige el panorama desolador que ve a su alrededor. Está igualmente preocupado por la posible amenaza del potente materialismo del Norte” en Allen W. Phillips “Introducción” a Rubén Darío: *Antología poética*. Madrid, Taurus, 1994, p. 38.

anglosajón desde las teorías del evolucionismo positivista, es decir centrado en los rasgos caracteriológicos de una etnia, o dicho de otro modo, la homogeneidad de una cultura. Los estudios en torno a los símbolos hispanos como D. Juan, el Cid o el Quijote proliferan en los escritores de ambos lados del Atlántico.

La conciencia de esta diferenciación podemos rastrearla desde el famoso prólogo a *Prosas Profanas* de Rubén Darío., y en su reiteración en el prólogo al "Canto errante". En realidad, si no consideramos que el primero sea un manifiesto como él mismo afirma, sí podemos considerarlo como afirmación de sí mismo en su literatura ("mi literatura es mía en mí"), basado en términos de lo que podríamos titular "nacionalidad" literaria. En primer lugar afirma por encima de todo la sacralidad del arte, pero rápidamente inserta su pertenencia a una etnia singular, una raza diferente basada en el mestizaje: "¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorotega o nagrandano?. Pudiera ser a despecho de mis manos de marqués". Por otra parte, no deja de ser sensible a la tendencia más destacada que él mismo vive en Buenos Aires: el americanismo literario¹⁸, que resulta ser una incursión inicial en el nacionalismo. Pero un americanismo basado en el cosmopolitismo, al tiempo que en la latinidad y el mestizaje donde Palenque, Utlatlán, "el gran Moctezuma de la silla de oro, es decir los símbolos indígenas se asocian a los nombres españoles: Cervantes, "Teresa la Santa", Quevedo, Góngora, y europeos: Shakespeare, Dante, Hugo, Verlaine. Mestizaje étnico-cultural que se resume en el margen de las apetencias: "Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra: mi querida de París". Tendencias que abonan el campo de la diferencia y que, sin lugar a dudas, propiciarán el posterior artículo de Darío: "El triunfo de Calibán", escrito en el 98 a raíz de la derrota española, donde adopta el símbolo que previamente eligió Renan -Calibán- para rechazar y advertir del peligro imperialista de Estados Unidos¹⁹.

El americanismo, la magna idea de Bolívar, adopta los contenidos del nacionalismo y será el tema de mayor tradición en la narrativa argentina del siglo XIX. Rodó continúa esta tradición, al tiempo que confirma las opiniones expuestas por Darío y otros escritores contemporáneos, como señala Luis Alberto Sánchez: "Rodó sostuvo la necesidad de contexturar una gran patria americana: 'La Patria Grande' de que hablara Ugarte; el 'Pueblo Continente' de Orrego; el 'Pueblo Mundo', de Alberdi"²⁰. Entre otros americanistas se encuentra el peruano García Calderón,²¹ y los venezolanos

¹⁸ "El americanismo literario no era, ciertamente, una novedad. Había recibido su impulso inicial durante la época romántica en el Río de la Plata y llegó a constituir un movimiento de alcance continental" (p. 33), en Max Henríquez Ureña: *Breve historia del Modernismo*. México. F.C.E., 1978 (1ª ed. 1954).

¹⁹ Las advertencias, curiosamente se habían iniciado con bastante antelación, por parte de cubanos y puertorriqueños. Uno de los primeros en avisar del peligro será el olvidado Eugenio María de Hostos.

²⁰ Luis Alberto Sánchez: *Balance y liquidación del novecientos*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, p.86.

²¹ "Profesores de idealismo, *Les democraties latines de l'Amérique* (París, 1912), *La creación de un continente* (1912).

César Zumeta²², Pedro Emilio Coll²³ y Manuel Díaz Rodríguez²⁴, el boliviano Alcides Arguedas²⁵, el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide²⁶, el mexicano Antonio Caso

Pero al igual que ocurre con otros autores coetáneos al poeta nicaragüense, la admiración por los logros de los anglosajones aumentará conforme avance el siglo. Incluso los textos de Clarín, Unamuno o Altamira, remiten a la necesidad de un practicismo y una laboriosidad que escasean en España. En realidad se trata más de una corriente que podríamos calificar de arielista, puesto que raya con lo utópico y con la llamada vertiente espiritualista española sucesora del regeneracionismo. Coinciden además a ambos lados del Atlántico en la atención otorgada a la juventud y a la necesidad de cultura y de educación, como único medio de corregir los vicios sociales. El ejemplo siempre vendrá avalado por la actitud de los anglosajones y las distintas medidas adoptadas en torno al tema.

En definitiva, a nivel teórico-cultural Rubén Darío adopta las dos corrientes que, según veremos adoptan los símbolos de Ariel y Calibán, es decir, espiritualismo frente a materialismo y su vertiente social: sociedad agraria frente a sociedad industrial y cosmopolita. El pragmatismo anglosajón ocupa un lugar destacado junto al predominio del idealismo hispano. En palabras de Darío: "*estamos en el tiempo de ser prácticos. Hay que ser como los ingleses. El esfuerzo y la gloria son un valor que se cotiza*"²⁷. Por este motivo no es extraño que Darío termine justificando la actitud yanqui y haga un llamamiento a favor del progreso, incluso en verso, como ocurre con su famoso "Canto a la Argentina", poema que podemos considerar resumen de las dos corrientes simbolizadas en Ariel y Calibán.

Tal vez la mayor diferencia entre lo hispano y lo europeo o anglosajón se encuentre en los modelos adoptados. Tanto Rodó como Blanco Fombona, Lugones e incluso el mismo Darío adoptan como modelo el clasicismo²⁸, especialmente su admiración por Grecia que motiva los estudios helénicos de Lugones o la referencia a las edades de Hesíodo en "En el país del sol" de Darío, así como su preferen-

²² *El Continente enfermo*, 1900.

²³ *El Castillo de Elsinor*, 1904 y *Palabras*, 1897.

²⁴ *Camino de Perfección, Sermones líricos*, 1918.

²⁵ *Pueblo enfermo*, 1903.

²⁶ José Enrique Rodó, 1919.

²⁷ Rubén Darío: "Mariano de Cavia" en *Obras Completas, Tomo I. Crítica y ensayo*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1950, p. 606.

²⁸ La búsqueda de una literatura propiamente americana no es obstáculo para la valoración del pasado. Schneider indica que "los románticos se regodeaban en la erudición (...) José María Lafragua sostenía que a los clásicos hay que conocerlos, pero no venerarlos. Ortega, apoyado en Perrault y Lamotte, considera la literatura moderna paralela a la antigua y útil al estudio de las ideas grecolatinas (...). Altamirano recomienda leer a ciertos escritores clásicos como Ovidio", *op. cit.*, p.110.

er^o, el boliviano Alcides
Antonio Caso

es al poeta nicaragüense,
ará conforme avance el
miten a la necesidad de
En realidad se trata más
que raya con lo utópi-
del regeneracionismo.
otorgada a la juven-
medio de corregir los
actitud de los anglosajo-

adopta las dos corrien-
alibán, es decir, espiri-
agraria frente a socie-
ocupa un lugar destaca-
de Darío: "estamos en el
y la gloria son un valor
justificando la acti-
incluso en verso, como
podemos considerar resu-

uropeo o anglosajón se
Fombona, Lugones
mo^o, especialmente su
Lugones o la referen-
a, así como su preferen-

y ensayo, Madrid, Afrodisio

lo para la valoración del pasa-
José María Lafragua soste-
oyado en Perrault y Lamotte,
de la ideas grecolatinas (...).
cit., p.110.

cia por la isla de oro, por los centauros o los sátiros, sin olvidar descripciones que entroncan con la filosofía clásica como, pongamos por caso, el pitagorismo de "Ama tu ritmo". Por el contrario, Baudelaire se introduce plenamente en el mundo oriental como ocurre en sus "Paraísos artificiales" o bien se nos presenta como heredero del pensamiento crítico francés, y heredero del racionalismo ilustrado, en poemas como "Un viaje a Citera". De igual modo Swift en sus "Viajes de Gulliver", no elige el mundo clásico o el pasado como espacio ideal para su novela, sino que ejemplifica a través de su misma época, con sus jueces ingleses, sus tribunales, su peculiar aristocracia, situando el lugar de la utopía —el país de los Houynmms y los horribles humanos o Yahoos— en plena naturaleza incontaminada por la cultura.

¿A qué puede responder esta preferencia de los escritores modernistas hispanoamericanos por el clasicismo? En realidad nos encontramos ante una literatura fundacional, que ha de buscar sus raíces en el pasado para consolidarse. Frente al resto de los países ha de crear su peculiaridad y esta peculiaridad enraizándose en el clasicismo, como hemos visto, finalmente se centrará en uno de los rasgos más peculiares: el de la raza. Aspecto, que he indicado previamente en el caso de Darío y cuya consciencia, a lo largo de los primeros años del siglo, irá en aumento. De todos modos se es consciente de pertenecer a una generación intermedia, a una etapa de transición entre la sociedad agraria y la sociedad industrial. En Hispanoamérica esta transición se vive a menudo como tragedia por el colonialismo de las naciones vecinas que trata de establecer como un continuo el sistema de sociedad agraria. Este es el peligro del que se apresuran a advertir los arielistas y sus continuadores. La independencia de Cuba y Filipinas elimina de raíz el temor a la famélica presión española y, sin embargo, augura el peligro del "Gigante del Norte". Las tesis del nacionalismo político que exigen una vuelta al pasado y a sus valores, coinciden, por tanto, con la necesidad de un entronque que de razón de existencia a la nueva cultura. El Modernismo resulta ser en definitiva la respuesta a las aspiraciones de todo un siglo centrado en el proceso de la diferencia.

Al tema de la raza colaboran las ideas de Renan, Bagehot, Taine, unidas al evolucionismo darwinista de Bourget y Le Bon. El determinismo científicista colaborará a su vez con la teoría de la evolución de los pueblos imbricándose de modo definitivo en el nacionalismo. La situación, por tanto, da la vuelta de nuevo hacia la famosa disputa del Nuevo Mundo: la naturaleza americana. Si en un principio prevalecieron las ideas en torno a la decadencia y degeneración del continente, lo que la situaba en un proceso de cierre o de imposible futuro, ahora se aprecia el mestizaje como la isla final en la que desembocan las ideas del utopismo americano

Será Martí uno de los primeros en hablar del continente como crisol de razas que conviven sin problemas: "En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco

hubo siempre un negro" y concluye "La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color"²⁹.

Tanto en el ensayo, como en la poesía o la novela se repite la confianza en la raza, una raza que se percibe incontaminada de la decadencia europea y basada en la esperanza de la juventud, que como señala Ingenieros –filósofo y contertulio de Darío en Buenos Aires– "no tiene complicidad con el pasado". En la juventud –al igual que ocurre con los regeneracionistas españoles se encuentra la esperanza. Pero si el tono es a pesar de todo pesimista en los escritores peninsulares, lo que se confirma por el sentido negativo de un gran número de novelas, en autores americanos como Díaz Rodríguez o Larreta siempre queda un lugar para la esperanza. Precisamente porque lo que se defiende es un presente y un futuro en común, una cultura que confirme su diferencia, una cultura ejemplificada en el Modernismo, como indicó Ingenieros, basada en "la lucha rubendariana entre el ideal y los burdos intereses materiales; entre la cultura y la barbarie, entre el éxito del lucro y los intereses creados, por una parte, y la gloria solitaria del genio y la aristocracia del talento por otra"³⁰.

Vasconcelos irá aún más lejos y centra su esperanza en una quinta raza, contemplada como crisol de razas, que no reniegue de sus raíces y se sienta "tan español como los hijos de España". El desastre, añade, vino por el olvido de los ideales bolivarianos, cuando cada una de las repúblicas olvidó "los intereses comunes de la raza"³¹. En la utopía de Vasconcelos la filosofía se centra en el amor, una armonía de contrarios, cuyos rasgos de elección se centran en la belleza.

Armonía de contrarios, amor a la belleza que llega a límites insospechados, casi rayando en lo jocoso, cuando Vasconcelos afirma que en el futuro "las feas o los feos" ni siquiera llegarán a casarse, acabarán desapareciendo como "raza", porque los hombres buscan la belleza.

En el proceso del nacionalismo desde el término de cultura, se accede al concepto de armonía que engloba el término de la raza como aglutinante colectivo. Lo que llama la atención es que Vasconcelos adopte las teorías del Modernismo, esencialmente la búsqueda de la analogía, la armonía de contrarios, el ideal del arte y de lo bello para volcarlos en las razas de América. En definitiva la unión de las teorías del Modernismo y del Nacionalismo en la configuración de la quinta raza.

²⁹ "Mi raza", en *Ensayos y crónicas*, op. cit. p. 130-131.

³⁰ *Antimperialismo y nación*. México, Siglo XXI, 1979, p. 74.

³¹ *La raza cósmica*. Madrid. Espasa Calpe, 1976, p. 18.